

**D** O S  
S I  
E R

>



# INTRODUCCIÓN

ELOY FERNÁNDEZ CLEMENTE  
CATEDRÁTICO EMÉRITO  
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

## 1. Un breve recordatorio: quién fue Costa

Joaquín Costa Martínez (Monzón, 1846-Graus, 1911) era de humilde familia campesina, pero su tesón y capacidad le llevaron a estudiar, aunque con grandes penurias, hasta doctorarse en Derecho y Letras en Madrid. Profesor auxiliar en esa Universidad, la abandonará por la falta de libertad de cátedra y el oscurantismo impuesto tras la Restauración, vinculándose de por vida a la Institución Libre de Enseñanza. Será notario y jurista de gran prestigio, académico de la de Ciencias Morales y Políticas, invitado varias veces a gobernar, lo que rechazó invariablemente como crítica al sistema.

Muy vinculado siempre a su tierra, desde 1891 organiza la Liga de Contribuyentes del Alto Aragón, luego transformada en Cámara Agrícola del Alto Aragón, desde la que realiza diversas campañas políticas, vertebrando a los pequeños y medianos propietarios, luchando por los riegos que considera imprescindibles. Sus éxitos fulgurantes (es un orador magnífico y su prestigio y respetabilidad crecen al calor de su intachable honradez) se alternan con fracasos políticos, aunque será elegido en varias provincias como diputado republicano, si bien rechaza la corrupción del sistema político español. Sus denuncias tras el Desastre de 1898 son terribles, impulsando con Paraíso y Alba la Unión Nacional, que no logra mantener. Enfermo y agotado, se retira a Graus, desde donde

todavía su voz se oye repetidas veces, imprecando a la España sin pulso...

Paradigma del sabio y del político honesto, sus programas quedarán en frases lapidarias: “escuela y despensa”, “siete llaves al sepulcro del Cid”, “el cirujano de la mano de hierro”, “la política hidráulica”... Líder del Regeneracionismo español, influyó decisivamente en la Generación del 98 y su sombra se ha proyectado durante todo el siglo XX sobre la política, la economía y la cultura aragonesa, que le tiene, con razón, por uno de los aragoneses más importantes de todos los tiempos. Sus nietos crearon una activa Fundación, que hoy se halla adscrita al Instituto de Estudios Altoaragoneses de la Diputación de Huesca, ciudad en cuyo Archivo Provincial se hallan, tras su rescate en varias subastas o la donación del Archivo Histórico Nacional, la mayor parte de los fondos manuscritos, aunque otros se guardan amorosamente por sus sobrinos en el que fue su despacho en Graus.

## 2. El costismo. Una difícil definición \*

No estoy de acuerdo, no del todo, con quienes han afirmado que de Costa se deriva todo tipo de ideologías, como de Hegel u otros grandes pensadores. Es verdad que el general Primo de Rivera quiso aprovechar su lema del “cirujano de mano de hierro” (cosa que no fue, sobre todo cirujano), que en la República se homenajeó su memoria y se hicieron sellos e himnos; pero en cambio el franquismo pasó con sordina, rehuyen-

\* Reproduzco en los apartados 2 a 6 el texto publicado en *El Periódico de Aragón* el 8 de febrero de 2011.

do compromisos con quien se manifestó abiertamente republicano y, aunque respetuoso –más con la doctrina que con sus mandatarios–, ateo. El mensaje de Costa está al fin limpio ya hoy de la costra de su torpe hermano Tomás, que jugó con ambigüedades y malas prácticas editoras; de los tópicos recreados una y otra vez por aragonesistas confusos como Ricardo del Arco o izquierdistas malévolos como Tierno Galván; renace nítido y claro. Contra la corrupción política, la mala planificación económica, el juridicismo de salón ignorante del pueblo, la cultura de petimetres.

¿Qué ha sido, en todo este siglo, desde su muerte, ser costista? Porque nunca, que yo recuerde, salvo en la efímera y malograda experiencia suya propia de la Unión Nacional, se ha intentado con su nombre y obra poner en marcha un partido, aunque le han rendido homenaje y le han citado desde muchos, sobre todo desde la izquierda. Tampoco puede exigirse hoy seguir al pie de la letra su política hidráulica, en buena parte realizada ya, y sometida a fuertes discusiones. Los principales, los mejores costistas han sido y son los que evocan y estudian su vida, su época, sus propuestas, sus obras, con el respeto de quien no por eso deja de criticar lo criticable, situándole en su contexto; quienes se asombran y admiran en esa biografía la dureza de condiciones y el tesón maravilloso.

A la hora de repasar qué ha sido el seguimiento a lo largo de un siglo, nos sorprende encontrar cuatro etapas bien definidas, todas ellas de veinticinco años. Veamos.

### **3. Los ecos de su muerte. La Dictadura. La República. (1911-1936)**

Al morir Costa, apagada su voz tronante contra todos los defectos de aquella España sometida a la oligarquía y el caciquismo, los principales ecos son los de sus amigos y en cierto modo discípulos del 98:

Unamuno, Azorín, Maeztu. También, aunque le había señalado como el gran timón europeísta, el distanciamiento de Ortega. El respeto de sus amigos de la Institución Libre de Enseñanza: Cossío, Azcárate, Altamira, Zulueta. El entusiasmo a veces algo beatífico de los biógrafos: L. Antón del Olmet, Ciges, Marcelino Domingo, Martínez Baselga y otros aragoneses, como Cavia y Dicenta, José García Mercadal, Gregorio Sierra, y Gambón, su fiel redactor y director de *El Ribagorzano*, las gentes del SIPA zaragozano y su revista *Aragón* y otras, el *Heraldo*, que apoya decididamente el homenaje ciudadano en forma de una gran escuela. Y su gran herencia, los riegos, las confederaciones hidrográficas, que tan bien supo organizar Manuel Lorenzo Pardo y entendió luego Indalecio Prieto. Ya queda dicho que el Dictador procuró hacerse con el santo y la limosna, inauguró monumentos y dio discursos “regeneracionistas”. Añadamos que la República no hizo menos, y lo hizo mejor. Saborit recordaría en 1970, en *J. Costa y el socialismo*, algunos episodios republicanos.

### **4. El primer franquismo. (1936-1961)**

Es sabido que Costa fue mal visto por el franquismo. Silencios, evasivas incómodas. Aunque la política de riegos y colonización le recordaba, se le nombraba poco, había muerto como ateo y republicano, casi nada...

El exilio, en cambio, le evocó reverente, simbolizando en él lo mejor de la tierra perdida: Méndez Calzada publicó un libro en Buenos Aires, 1943, designándole *precursor de la II República*; la revista *Aragón*, editada en 1943-1945 por la Asociación Joaquín Costa de México, le dedicó varias páginas con textos suyos y artículos de Mantecón y Hernández Ruiz. Otros costistas exiliados fueron, naturalmente, por su ideario y su proximidad incluso territorial,

Ángel Samblancat, Joaquín Maurín, Felipe Aláiz. Incluso Sender, aunque no era uno de sus grandes temas. Y en la Francia llena de exiliados, hubo casos de anarquistas como el maestro Ramón Liarte, al que llegué a conocer en Toulouse, editor ya en 1980 de *Crisis política de España*. Precisamente en Toulouse, en fecha muy temprana, creo que a comienzos de la década de 1950, había leído su tesis doctoral el americano Gabriel Jackson, que no olvida esa figura y la evoca mucho después en un libro sobre Costa, *Azaña, el Frente Popular y otros ensayos*.

En el exilio interior, la cita de Costa, su mero nombre, era utilizado por tantos disidentes demócratas, callados, silenciosos. Los más importantes: el sobrino-nieto, José María Auset Viñas, que guardó celosamente el despacho lleno de libros y manuscritos, velándolos a cuantos él temía pudieran utilizar sectariamente esos materiales; y en Zaragoza, en el Grupo Escolar Costa, don Pedro Arnal Cavero, su director, que no perdía ocasión de citarle. Y devotos divulgadores en biografía, novela, teatro, como Alfonso Zapater.

## 5. La renovación de los estudios. (1961-1986)

Es, curiosamente, en 1961, año del cincuentenario de la muerte de Costa, cuando resurgen con vuelo los estudios en la España interior. Un buen libro del conservador Cirilo Martín Retortillo y un mal estudio del progresista Enrique Tierno Galván, que aviva la polémica sobre si nuestro gran personaje había resultado o no prefascista. Como terciando de forma neutral, que hablen sus palabras, José García Mercadal (a quien conocí años después, y fue uno de los que me contó la escandalera del entierro, al que había asistido) publica una nueva, mejor, antología: *Historia, Política social, Patria*. Pocos años más tarde llegan los renovadores: Pérez de la Dehe-

sa, que le ubica ante el 98; Alberto Gil Novales y López Calera, que revisan al jurista; mientras que, al estudiar la Institución Libre de Enseñanza, enmarcan su influjo y relaciones los Cacho Víu y Gómez Molleda (un liberal del Opus Dei y una muy conservadora teresiana, ambos catedráticos de Historia Contemporánea), Yvonne Turin, Gil Cremades, López Morillas, Jiménez Landi y, ya desde el marxismo, Tuñón de Lara y el dúo Maurice-Serrano, en una secuencia que llega hasta el reciente estudio sobre los economistas krausistas por José Luis Malo. Es en ese contexto, sobre todo el del grupo en torno a Tuñón, en el que surge en 1972 la revista *Andalán*, costista sin proclamarlo demasiado, donde ven luz algunas docenas de artículos revisando obra, estudios, ediciones.

Y en medio de ese clima de recuperación, reconsideración, olvido de los tópicos, surge la gigantesca figura de George J. G. Cheyne, el hispanista inglés que acomete una tarea titánica: ordenar y ofrecer la bibliografía de y sobre Costa hasta ese año 1972 en que publica también la mejor biografía hasta hoy, que acaba de ser reeditada, con el mismo prólogo, excelente, en que Josep Fontana situaba a Costa donde le corresponde. Cheyne seguirá el resto de su vida publicando: los tres grandes epistolarios (con Giner de los Ríos, Manuel Bescós y Rafael Altamira), el tercero ya de modo póstumo, al igual que una colectánea de *Ensayos*.

Una década más tarde, irán prodigando sus estudios juristas del prestigio de Sebastián y Lorenzo Martín-Retortillo, Jesús Delgado Echeverría y otros, mientras también se le estudia desde la Historia de la Literatura, por José-Carlos Mainer, Leonardo Romero Tobar, Agustín Sánchez Vidal; desde la Historia, por el ya citado Gil Novales y por mí mismo; o desde la Sociología y la Ciencia Política, como hace Alfonso Ortí, cuya principal obra se reunirá en su *En torno a Costa*, a la vez que estudia y

reedita su obra agraria con Cristóbal Gómez Benito.

No es casualidad que en 1981 comience a editar la Editorial Guara una colección muy pulcra que recoge su *Obra* principal, en doce tomos con introducciones y notas de varios de los citados, y otros expertos. Que en 1981 resurja de sus cenizas, medio siglo después, *El Ribagorzano*, ahora en manos de Rafael Bardají y otros periodistas y escritores mucho más progresistas que sus antecesores, aunque imposible superarles en amor al gran patricio y a esa comarca. Que en 1983 comiencen su andadura los *Cuadernos del Centro de Historia de Monzón*, ciudad que sabrá asumir ser la cuna de Costa, ubicando un centro cultural en la casa natal, evocando sus aniversarios, produciendo actos y libros.

O que, al rebato de una subasta de miles de papeles “perdidos” en la Guerra, que acaban bien comprados en el Archivo Provincial de Huesca, cuyo censo hace María Rivas, se reúna en esa ciudad en 1983 la plana mayor del costismo vivo. En efecto, bajo el lema (y el libro que recoja sus actas se titulará así) de *El legado de Costa* (1984), el Ministerio de Cultura y la DGA, cuyo Departamento de Cultura dirige J. R. Bada, invitan a quienes hablan de aspectos biográficos (Cheyne, José M.<sup>a</sup> Auset Brunet, Alfonso Ortega Costa), estudios políticos y jurídicos (Gil Novales, Lorenzo Martín-Retortillo, Jesús Delgado, Alfonso Ortí, Carlos Serrano, Jacques Maurice y yo mismo) o culturales (A. Sánchez Vidal, J. C. Mainer).

## 6. La consolidación

El resto es fácil de colegir. Tras resumir lo hecho, discutir lo no hecho o lo que se cree mal hecho, hacer planes de futuro, es la hora de las instituciones. Entre ellas, nos merece especial consideración

la Fundación Joaquín Costa, creada por los nietos de aquel, muy mayores ya, bastante alejados de Aragón y sus gentes, pero entusiastas como el que más: Antonio, Joaquín, Milagros, Alfonso y otros, y los biznietos. Sabiamente fueron acercando sus proyectos y organización al Instituto de Estudios Altoaragoneses, donde fue cobijada finalmente la fundación, y su publicación, puntual, emblemática, los *Anales*, nacida en 1984. En los últimos veinte años se han editado cumplidamente hasta 25 números, y una docena de libros, y numerosas conferencias. Allí han proliferado estudiosos de la Restauración, el regeneracionismo o el caciquismo, como A. Gil Novales, Carlos Forcadell, Carmen Frías, Ignacio Peiró, Alberto Sabio; del mundo literario, como José Domingo Dueñas y Juan-Carlos Ara; del mundo jurídico, como Cecilio Serena; de la antropología, como Carmelo Lisón y sus discípulos; del agrarismo, como Ortí y Gómez Benito o Eugenio Nadal.

Otras revistas y editoriales se ocupan del seguimiento, la reedición, la revisión. Hablo, claro, del *Heraldo*, de *Argensola*, de *Rolde* (con autores como López Susín, Carlos Serrano, Víctor Juan o yo mismo). A la vez, Costa es recuperado por el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* que él dirigió; por las Academias de Jurisprudencia, del Notariado y de Ciencias Morales; y por el Ateneo de Madrid, de modo muy especial, en años en que trabajan a tope allí Ortí, Gómez Benito, Gil Novales, Díez Torre.

Gracias al impulso dado desde la Fundación Giménez Abad se inició la digitalización de más de medio centenar de libros de y sobre Costa, hoy ampliada y coordinada desde las páginas de la Biblioteca Virtual de Aragón.

No podemos, pues, decir, y está transcurriendo magníficamente el gran año de Costa en el centenario de su muerte, que han sido desatendidas su figura y su obra.

Hoy, cualquier lector atento de prensa y revistas, visitante de librerías y bibliotecas, espectador de programas culturales de radio y televisión, sabe quién fue Costa, cuáles sus mensajes. Como debía ser.

## 7. Las obras clave de Joaquín Costa

Sin embargo, a pesar de haber llegado a ser, en palabras de Alberto Gil Novales, el personaje de su tiempo mejor estudiado, todavía hoy es difícil encontrar muchas de sus obras en ediciones asequibles. Por eso nos hemos propuesto destacar en este *dossier* –al que contribuye un grupo muy ilustre de entre los mejores estudiosos de Costa– sus libros principales.

No ha sido fácil decidir esta valoración, ubicar las ediciones originales, ordenarlas en una presentación que no resulte engorrosa. Sus numerosos estudios le prestigian como una excepcional figura de las ciencias sociales, tanto en jurisprudencia como en historia, sociología, antropología, lingüística y literatura, geografía, economía, ciencia política, pedagogía e, incluso, redactó un par de novelas y estudió diversos aspectos de ingeniería. La dispersión de los originales no publicados en vida permitió una edición poco rigurosa por su hermano Tomás, lo que ha hecho especialmente difícil su estudio.

Destacamos sus siguientes obras: de historia, su tesis doctoral en Letras sobre *La Revolución española (1820-1823)* (1875), modelo de análisis temprano del trienio liberal, que editó Alberto Gil Novales en 1992.

Sus obras jurídicas son las que publicó personalmente y de modo más sistemático: *La vida del Derecho* (1876), *Derecho consuetudinario del Alto Aragón* (1879), *Teoría del hecho jurídico, individual y social* (1880), *La libertad civil y el Congreso de Jurisconsultos Aragoneses* (1882), en el que había sido ponente. *Reorganización del notariado, del*

*Registro de la Propiedad y de la Administración de Justicia* (1900), *El problema de la ignorancia del Derecho...* (1901). La gran preocupación por la lucha entre la norma nueva y la vieja costumbre, por el derecho aragonés, por la educación jurídica popular se reflejan en estos sólidos estudios.

Entre sus obras de economía se encuentra el excelente estudio sobre *Colectivismo agrario en España* (1898), en que lamenta la progresiva desaparición de formas tradicionales de propiedad y critica cómo se hizo la desamortización; también la muy documentada *Derecho consuetudinario y economía popular en España* (1902, en colaboración con Unamuno, Altamira, etc.) y la fundamental *Política hidráulica* (edición póstuma, 1911), que recoge sus estudios, mítines y luchas por los riegos del Alto Aragón.

La obra política se encuentra en discursos y artículos de gran eco, como *Quiénes deben gobernar después de la catástrofe* (1900), *Reconstitución y europeización de España* (1900), y el amplísimo comentario a la encuesta que dirigió en el Ateneo de Madrid, con respuestas de Unamuno, Pardo Bazán, etc. sobre *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla* (1901), quizá la obra más conocida y de mayor influencia en la vida política.

Son también muy interesantes sus reflexiones y comentarios cotidianos, presentes en su rica relación epistolar: Costa mantuvo correspondencia con muchas de las grandes personalidades de la España de su tiempo. Por suerte conservaba los borradores, lo que permitió a su principal biógrafo y estudioso, George J. G. Cheyne, editar en tres magníficos tomos la correspondencia con Giner de los Ríos, Bescós Almodévar y Rafael Altamira.

Y a ello habría que añadir otros varios títulos jurídicos y políticos, su obra literaria

inacabada, su ingente colaboración periódica, los importantes textos agrarios, los de historia (como los *Estudios ibéricos*), sus memorias, los libros que escribe sobre su experiencia en la Exposición de París de 1867...

Confiamos animar a los lectores de esta revista a buscar y leer algunos de estos títulos, que quizá llevarán de unos a otros, para conocer, estimar y acaso seguir en sus grandes valores intelectuales y morales, a este gran aragonés y gran español.



Joan Costa